LA MÚSICA DE LOS PLANETAS

La historia sucedió exactamente como voy a contarla. Un padre —Jotapé Díez, al que algunos llamaban *Palo*— tenía a su pequeña hija muy enferma en un hospital. Padecía una rarísima enfermedad, conocida como síndrome de Zimmermann-Laband. Los médicos le habían descrito a Jotapé qué era lo que le pasaría a la pequeña (el monstruosismo en las encías y los pies, la deformidad craneal), y también sabían qué tratamiento había que seguir, aunque era extremadamente caro y aún estaba en fase experimental en una clínica privada de Los Ángeles, la W. H. Howelt Foundation. La cabeza de su hija, sus encías y sus pies se mostraban totalmente anómalos, deformes, pero ella le sonreía constantemente. Apenas hablaba porque la boca la llenaban en su totalidad las encías hipertrofiadas, y había que estar muy pendiente de ella a la hora de tragar, porque lo hacía con penosa dificultad.

Jotapé era un hombre sin suerte. Algunos se compadecían de él. Había trabajado de montador mecánico desde que dejó la carrera de Medicina, pero estaba en el paro porque la empresa alemana de furgonetas en la que estuvo empleado había hecho una oleada de despidos masivos, después de amenazar con llevarse las instalaciones a otro país más barato. Le tocó a él, porque era un nombre sin suerte.

Su mujer, Carol, murió al dar a luz, hacía ahora cinco

años. Estaba convencido de que su hija, que llevaba el nombre de su madre pero la llamaba Cocó, padecía la misma enfermedad que se había llevado a su mujer, aunque todo el mundo se lo negaba, sobre todo los médicos que la atendieron. Pero como le dijeron que se trataba de una enfermedad hereditaria, él se aferraba a esa idea y no cambiaba de opinión. Vivía cercado por la desgracia y el infortunio desde entonces, aunque Jotapé era un hombre optimista, siempre iba hacia delante y avanzaba contra viento y marea. Toda su vida se había ufanado de tener ideas propias sobre las cosas. Era su característica, para bien o para mal.

Todo comenzó cuando se enteró por la prensa de que uno de los más famosos roqueros del momento, el español Alejandro Río, una estrella internacional, con millones de discos vendidos en todo el mundo y dueño de una residencia en Miami y de un estudio de grabación en Londres que había pertenecido a Bob Dylan, iba a venir de nuevo a España, su país natal, como culminación de una gran gira mundial que había arrancado en Tokio un año antes.

Aquella noticia había sido una revelación para Jotapé. ¡Alex, el cabrón del viejo Alex vuelve otra vez por aquí!, rumiaba mientras se le amontonaban cosas que sabía del Alex convertido en ese Alejandro Río que salía en los carteles con los que habían empapelado el centro de Madrid.

Para Jotapé, el famoso cantante Río siempre fue y será el esquivo Alex, su antiguo compañero de facultad, en la época de la universidad, cuando ambos estudiaban Medicina en Valencia y buscaban su sitio en la vida. Alex simbolizaba su juventud, una época que no estaba tan lejos, aunque desde luego no estaba tampoco cerca. El tiempo había hecho a cada quien como era ahora.

Las casualidades no paran cuando se desbocan. Jotapé casi enloqueció de contento, pero no porque conociera al cantante español más popular de todos los tiempos desde Julio Iglesias ni porque supiera cosas de su pasado por las que las revistas pagarían un buen dinero, sino por una razón

que nadie podría imaginar jamás. Jotapé enloqueció de contento porque recordaba, o mejor dicho nunca había olvidado, algo que leyó en una revista en la que entrevistaban a Río hacía unos dos años, quizá más.

Allí, en esa revista (*Vanity Fair* o quizá *Record Music News*), su viejo amigo Alex/Alejandro-Río confesaba la cara oculta de su vida, daba carnaza para los fans, deshilachaba fibras de humanidad para forjar el mito; hablaba sin tapujos de lo que hizo de joven, de lo que fumó, de lo que se metió, de a quien amó, de lo que vagabundeó por todos los baretos y locales oscuros de Valencia, Barcelona y Madrid, y también hablaba de la época en que estudió Medicina. Sobre esto, decidió animarse y contar que siempre le fascinó la Medicina como «búsqueda directa del ser humano», que nunca había lamentado dedicarse a la música pero que tampoco habría lamentado para nada haberse dedicado a la Medicina, como había hecho su padre, porque él provenía de una familia de médicos (eso era una gran patraña, de sobra lo sabía Jotapé, porque el padre de Alex había muerto cuando él apenas tenía dos años y no se le había conocido profesión alguna); luego añadió que siempre que podía estudiaba libros de medicina, que se ponía al día con revistas científicas, investigaba por su cuenta, trataba de penetrar en lo más extraño y desconocido de la Medicina. Hacía lo que podía, aunque aclaró que era más que un *hobby*.

Y entonces dijo lo que a Jotapé le pareció una mezcla de milagro y frivolidad: Alejandro Río se definió como «una especie de estudioso, hasta diría que todo un especialista» (sic) ni más ni menos que ¡en la enfermedad del síndrome de Zimmermann-Laband, la enfermedad de su hija!

En la entrevista parecía fardar o presumir de ello, o tal vez lo fabulase para sí mismo, para dotarse de una identidad superior, quién sabe, y el que menos aún podía saberlo era Jotapé, que prefería tragarse aquello como palabra de Dios. Según le explicó Alejandro Río a la periodista, que debía de haberse quedado atónita, se hizo experto en aquella rara en-

fermedad gracias al espíritu del doctor Antonio Damasceno Carbajo, «una eminencia». Damasceno Carbajo era el viejo profesor que ambos, Jotapé y él, habían tenido cuando estaban en la facultad, un catedrático fanáticamente entregado a la Neurología. O eso creía recordar Jotapé.

Por fin vislumbraba un cambio brusco en su vida, un cambio hacia la fortuna. No era casual que Alejandro Río viniera a cantar a España justamente ahora que él tenía que tomar la decisión de enviar a Cocó a Los Ángeles para hacer de cobaya humana, y de paso, tal vez, curarse, curarse un poco, curarse para siempre, o no curarse nunca. Eso, por otra parte, nadie se lo podía asegurar. Solo le habían dicho que la W. H. Howelt Foundation de Los Ángeles era la única garantía de curación. El precio, además, era tan elevado para él que el Ministerio de Sanidad estaba dispuesto a correr con la mayor parte de los gastos, siempre y cuando los resultados del tratamiento beneficiasen al país de la paciente, su pequeña Cocó.

Entonces a Jotapé se le ocurrió de nuevo pensar por sí mismo, dejarse llevar por su intuición arriesgada y acogió como genial la idea de probar una opción alternativa. Si los cauces ortodoxos de curación no conducían a nada, apostaría por los heterodoxos, porque si tampoco conducían a nada, poco iba a perder. Razonaba así, tenía su lógica.

Después de haber dado tantas vueltas, de hospital en hospital, de médico en médico, de despacho en despacho, Jotapé creía que solo su compañero de la juventud podría abrir una vía de solución nueva, gracias a lo que había averiguado, quizá experimentado, sobre el síndrome de Zimmermann-Laband. Desde luego, dinero tenía a espuertas como para haber investigado por su cuenta, si hubiera querido. No era, pues, imposible que supiera más, incluso, que esos fatuos engreídos de la clínica W. H. Howelt Foundation de Los Ángeles. Tenía que intentarlo como fuera, tenía la intuición de que su viejo amigo sería la clave de la curación. Solo él podía darle un diagnóstico nuevo, una so-

lución distinta, una flecha sincera hacia la verdad. ¿Qué podría pasar, qué arriesgaban Cocó y él? En ambos casos, tanto la W. H. Howelt Foundation como Alex eran caminos experimentales, innovadores, azarosos e inciertos. Eso ya significaba una esperanza, por mínima que fuera.

El problema mayor era cómo acceder al entorno del roquero y averiguar si Alejandro Río se acordaba todavía de él. Tal vez no quisiera recibirlo. Tal vez no lo reconociera; tal vez representase una época de la que Alex, reconvertido en otro ser casi de oro y neón, no querría saber nada, quizá porque —repasó mentalmente Jotapé, espeluznado— él le hubiera hecho en aquel entonces una putada inolvidable, o lo hubiese engañado con su novia de turno, o le hubiese pasado la peor coca que se metía. Lamentablemente recordó Jotapé que esas tres cosas habían sido ciertas. Tal vez Alex le habría partido la cara a Jotapé, de habérselo vuelto a encontrar en la vida. Menudo escollo, joder.

Pero antes de averiguarlo, y eso era lo peor, tendría que convencer a los gorilas de Río y de la productora de que lo conocía. De que lo conocía mucho. De que era fundamental, vital sería la palabra exacta, que él lo viera y pudiera hablarle a Río de algo que no le dejaría indiferente.

Río por fin llegó a Madrid en medio de grandes medidas de seguridad. No le gustaba el contacto con los fans, se había hecho un misántropo solitario después de tantos años rodando por el mundo con unas canciones que empezaban a parecerle una bazofia. El concierto final en el Santiago Bernabéu se anunciaba masivo. Río no concedería entrevistas en esta ocasión. Todo el mundo respetaba su aislamiento, nunca quería ver a nadie mientras estaba de gira, le gustaba alimentar así su leyenda.

Jotapé lo intentó por varios medios y caminos. Todos estaban bloqueados. No había manera de llegar hasta el cantante. Habría de sortear los obstáculos con imaginación. Son círculos por los que tenía que atravesar, como en la *Divina Comedia* de Dante. Finalmente consiguió averiguar en qué

hotel, de los cinco o seis que se daban por ciertos para despistar, estaba hospedado Río. Se trataba del Ritz.

Se disfrazó de camarero. Entró por una puerta que daba al cenador. Allí se hizo con una bandeja y una servilleta. Evitó hablar con el personal del hotel. Llevaba sobre la bandeja una botella vacía y dos vasos también vacíos que había cogido de una mesa con la propina aún caliente sobre la factura, pero no tocó las monedas. Fue de un lado para otro con la bandeja alzada muy profesionalmente.

Despistó a unos y a otros, se hizo pasar por un tercero que libraba ese día porque se lo había oído decir a unas camareras. Se coló en reuniones privadas. Escuchó conversaciones. Leyó papeles que no debía. Robó tarjetas de visita que le aportaban datos. Aprendió nombres. Recompuso esos datos. Hizo preguntas ingenuas. Se metió por todas partes como una comadreja. Llegó por fin a un reservado del hotel. Allí se quitó la ropa de camarero y se presentó ante uno de los gorilas de Río. Se identificó como un representante del Gobierno, sin más detalles. Fue lo primero que le vino a la cabeza.

Ya estaba a un paso de Alejandro Río. Lo veía al fondo, de espaldas, bebiendo algo, abstraído con unos auriculares en las orejas. El hombre con un aro en la nariz que estaba a su lado fue alertado por los de seguridad. Miró hacia donde estaba Jotapé. Se levantó. Fue hacia él. Cuanto lo tuvo cerca, Jotapé intuyó que lo conocía, aunque en ese momento no acertaba a saber de qué.

—Tú no eres del Gobierno —le dijo el hombre del aro en la nariz.

Jotapé cayó en la cuenta de que se conocían de la empresa alemana de furgonetas. Estaba seguro de haberlo visto por allí. Incluso era de un sindicato, pero antes no llevaba ese grueso aro en la nariz.

—No, soy amigo de Alejandro.

—Yo te conozco. Antes trabajabas en la Mercedes, ¿no? Te he visto por allí alguna vez.

—Es probable.

—¿Sabes que no puedes estar aquí? ¿De qué vas?

—Lo sé, lo sé. Pero mira, te voy a contar algo que te va a alucinar —le dijo Jotapé antes de que regresaran los gorilas que no le habían quitado ojo en ningún momento.

Siempre que intentaba explicar a alguien lo de su hija, utilizaba la misma frase: «Mi hija está enferma. Muy enferma. Pero no es de muerte.» Esto último no era inteligente decirlo, porque rompía el efecto emocional de lo primero. «¿Pero está muy muy enferma? ¿El siguiente paso al *muy* es la muerte?», le preguntaban los demás a continuación. Él solía responder rebajando la intensidad: «No, no, solo tendrá secuelas graves. Muy graves.» Aquello sonaba más a amenaza que a fatalidad. No conmovía. No era eficaz. En adelante, tendría que ahorrárselo, ya que el otro concluía: «Ya. Pero si son muy muy graves las secuelas, acabarán en la muerte, ¿no crees?» Era obvio que buscaban atraparlo en una contradicción.

De manera muy resumida, le contó al hombre del *piercing* la historia de la enfermedad de Cocó. Le contó también lo que Río dijo en la entrevista de *Vanity Fair* (o *Record Music News*). Le contó que la enfermedad era ni más ni menos que el síndrome de Zimmermann-Laband. Le pidió que le dijera solo eso a Río, nada más, solo el nombre de la enfermedad. Se dejó para el final otra carta, pero titubeó al usarla, quizá no fuera lo más oportuno:

—Dígale que soy Palo y que si se acuerda de cuando se llamaba Alex en la facultad.

El hombre del aro en la nariz se dio media vuelta, no sin antes estrecharle la mano a Jotapé, lo que sin duda tranquilizó a los gorilas con traje negro y gafas oscuras. Llegó hasta Alejandro Río, se puso frente a él y esperó que el roquero se quitase los cascos; cuando lo hizo, le informó al oído de la situación: quién era aquel individuo y qué enfermedad tenía su hija. Mientras se lo decía, su cara adoptaba un gesto escéptico, pero ciertamente, como le previno Jotapé, la historia era para alucinar.

—En resumen, ese es el motivo de que ese hombre esté ahí y de que se haya colado hasta la cocina sin que lo hayamos podido detectar —concluyó el del *piercing*—. Ah, por cierto, lo conozco. No es mal tipo.

Río volvió el cuello ligeramente para observarlo con displicencia. Tenía un brillo en los ojos cuando lo hizo: sí, es él, es Palo, tiene su misma edad, su mismo código genético de la juventud compartida, ha aparecido de nuevo. ¿Pero quién coño es Palo? Un fantasma, nada más. Río aceptó que una inevitable e inquietante oleada de familiaridad derribase todas sus defensas. Él siempre había creído en los fantasmas.

Río se levantó, se dirigió hasta donde estaba Jotapé y le dijo:

—Hola, tío. Cómo te va. Dame un minuto, ¿quieres?, solo un minuto. Apúntame aquí tu móvil. —Le ofrecía la palma de la mano—. Tenlo abierto.

Jotapé encontró un boli Bic en su bolsillo y escribió un número en la piel de Río. Este fue hacia los guardaespaldas y les dijo algo que Jotapé no pudo oír. Luego se encaminó a los lavabos. Al poco, sonó el móvil de Jotapé. Era Río, como le había prometido. Lo llamaba desde los lavabos. Aceptaba ver a la niña, pero que nadie se espere milagros, él no los hacía.

—¿Adónde hay que ir? —preguntó.

—Al hospital. Allí está Cocó —respondió Jotapé.

—Bien. Pues consigue un taxi y ponte en la puerta en cinco minutos. Saldré echando leches sin que me vean.

—Ok. ¿Y qué pasa con tu guardia pretoriana?

—Les dije que si no me dejaban cagar a solas, les ponía una denuncia por acoso sexual. Pero son de una empresa yanqui muy cara y tienen orden de no hacerme caso cuando les diga que se vayan. No me queda más remedio que despistarlos una o dos horas.

En el taxi, Jotapé no le habló de él ni de cómo había llenado todos estos años; tampoco le preguntó nada de su vida;

solo le habló de Cocó y de aquella entrevista suya sobre el síndrome de Zimmermann-Laband.

—¡Pero si solo dije vaguedades!

—Dijiste que la habías estudiado.

—Eso es verdad, sí. No sé, me dio por ahí una temporada.

Después Jotapé se refirió a los tiempos de la facultad, al curso del 77-78. Río recordaba toda esa época muy vagamente, o fingía hacerlo. El tiempo había operado en él una clara selección de recuerdos. Verdaderamente aquel Jotapé del 77-78, Palo para todo el mundo, dejó hace mucho tiempo de ser alguien en quien pensar.

—¿Por qué te llamábamos Palo?

—Porque era muy delgado. ¿No te acuerdas? Mi madre me puso Palito. Tú lo dignificaste con Palo, Alex.

—Joder, tío, ya no me acordaba. ¡Es verdad! Has engordado un poco, cabrón.

—Tú estás igual. Se ve que te cuidas.

—Lo de Palito es más cariñoso. Tu madre sí sabía.

Pero Río empezaba a ver la luz. De pronto supo perfectamente quién era el Jotapé de entonces, un capullo de mierda a quien quería olvidar. Le mintió sobre él a su novia y se la levantó por la patilla, le pasaba una coca que casi le lleva al otro barrio, le vendió un coche robado que no tenía líquido de frenos y se pegó tal hostia que perdió un diente, le hacía la vida imposible con sus ideas siempre inoportunas y desafortunadas, opinaba lo que nadie opinaba y no opinaba de manera muy cuerda, siempre cometía algún error el muy imbécil, era un tipo extravagante ese Palo, un poco friki, que dirían hoy, un pringado en todo, apestaba. Se conocían desde los catorce años, pero al final, en la carrera, lo perdió de vista sencillamente porque se fue, Palo desapareció de golpe y nadie lo volvió a ver. Estaba harto de Palo, llevaba mal camino, solo sabía cómo conseguir farlopa barata, era un incordio, en definitiva. Y eso fue lo que se quedó en su memoria, por eso no le costó olvidarlo.

—Ahora recuerdo que me caías como el culo, o peor

aún, que quería sacarte los hígados. Luego me fui y pasé página. Hasta hoy. ¡Joder, Palo, eras el más cretino de los alumnos de Damasceno Carbajo!

Sin que nadie reparase en ellos, entraron por la puerta principal del hospital Ramón y Cajal. Cocó estaba dormida. En la cama de al lado ese día no había nadie. Menos mal, pensó Jotapé. Río hojeó un dosier que había en la mesilla. Era el historial de Cocó que siempre llevaba consigo Jotapé. Lo había dejado allí para ir hasta el Ritz.

Río lo leyó con toda la solemnidad de un especialista. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, en realidad, no sabía lo que tenía que decir. El viaje que inició con aquella estupidez barata que dijo en la entrevista acababa allí; era consciente de que, en cierto modo, Jotapé había vuelto a hacerlo, había vuelto a joderle algo importante de su vida. Lo había desenmascarado.

—Ahora sería bueno que estuviera aquí el viejo don Antonio, ¿no crees? ¿Murió ya?

—Sí, hace unos años. No fui a su entierro. Me enteré tarde.

—Yo ni me enteré. ¿Sabes que al principio, en los conciertos, le dedicaba siempre una canción al viejo? ¡Para don Antonio!, gritaba yo, y nadie entendía nada. Hubo hasta un periodista listillo que dijo que se lo dedicaba a Antonio Machado. ¡A Machado! ¡Qué gilipollas!

—¿Cómo iba a saberlo él? Era demasiado privada la dedicatoria.

—Acabó mal, el pobre, ¿no? Eso me dijeron.

—Él era como era, y le ponían los guapos. Supongo que lo sabrás. Uno de esos guapos de quinto lo denunció al Rector. Dijo que era maricón.

—Y lo era.

—Pero lo llevaba discretamente.

—Si el chico lo denunció, no sería tan discretamente.

—Bueno, el caso es que lo echaron de mala manera. A punto de jubilarse, como estaba. Y todo por una caricia.

—¿No sería que querría algo más?

—¿Y qué? El otro no era un niño, precisamente. Era de quinto. Pero lo denunció porque lo había suspendido. Entonces el alumno dijo que era en represalia por no haber querido chupársela o acostarse con él, yo qué sé. El Rector prefirió no meterse en líos, había elecciones. Damasceno Carbajo salió por la puerta falsa. ¡Con todo lo que amaba aquella facultad!

—Recuerdo los consejos que nos daba. Nunca me sirvieron de nada, pero eran todos muy sabios.

—Yo tampoco los apliqué. ¿Para qué? Dejé la carrera en tercero. No era lo mío, creo yo.

—¡Hostia! ¿Qué me dices? ¿No acabaste? ¡Yo tampoco la acabé! Me fui en quinto porque empecé a tocar en serio y no tenía tiempo. Fue cuando me llamó Carlos Santana para tocar con él. No sé si sabes esto.

—Sí, claro, todo el mundo lo sabe. Sacaste un disco con él.

Ninguno de los dos había acabado la carrera de Medicina. Eso le ponía a Río al mismo nivel que estaba Jotapé. De pronto, para Jotapé todo se tornó frágil y quebradizo. Era como pisar una ancha y fina capa de vidrio entre dos rascacielos. Estaban de igual a igual. O peor, porque ahora Río no era el mago que él creía que era. Se había convertido en otro fantoche más, tan fantoche como él. ¿Qué hacían allí, a los pies de la cama de Cocó dormida, esos dos fantoches? ¿Cómo se atrevían a estar allí?

—Tengo una idea —dijo Río—, pensemos cómo lo habría resuelto el profesor, qué pasos habría seguido, de estar hoy aquí con nosotros.

—Te recuerdo que no es cuestión de dar con una solución a un problema, tío, sino de curar a mi hija.

—Ya te dije que no sé hacer milagros. Piensa en el viejo. ¿Qué haría?

—¿Quieres decir qué clase nos habría dado él sobre el síndrome Zimmermann-Laband?

—Correcto. Qué habría hecho él.

—Es una locura, pero menos es nada.

Sabían que se lo iban a inventar todo, porque en realidad mezclaban cosas de oídas; se les habían borrado ya de la cabeza las nociones generales que aprendieron a duras penas en las pocas clases a las que acudieron.

—¿Han probado con las enzimas de pollo, como decía Damasceno Carbajo? —Río lo dijo muy seriamente—. Él las aplicaba para todo. Siempre decía que las enzimas de pollo salvarían el mundo.

—Qué tontería, las enzimas de pollo… Se lo inventaba, el viejo.

—Pero era muy convincente, acuérdate. Nos hacía unos cuadros con desgloses de aminoácidos, proteínas, ribosomas, endoplasmas, que nos parecían demostraciones irrefutables. Y luego estaban los aminoácidos aromáticos, los hidrofóbicos, los polares, los alifáticos…

—Qué bien te acuerdas —dijo Jotapé.

—¡Bah! Solo me acuerdo de eso. Y de las clases prácticas sobre el hígado, el bazo, los pulmones. A mí no me daban asco. En cambio a ti…

—Convenzámonos: don Antonio no sabía nada de nada, era un profesor un poco farsante, aunque con buenas intenciones, eso sí, o mejor dicho, con una única intención: la de tocarnos un poco, y eso no era tan malo. Casi hoy da pena, comparado con lo que hacían y hacen los curas pedófilos esos.

—¡Los curas son la peste, puaj! ¡Los pedófilos también!

—¡Y que lo digas!

—Hoy todo es diferente, pero entonces no había más camino que el del homosexual furtivo.

—¿Recuerdas que siempre hablaba de las moléculas y de la música de los planetas que parecían formar sus estructuras?

—Sí, lo recuerdo perfectamente.

—Decía que hay cosas que nos desbordan, que nos su-

peran, y que lo único que podemos hacer nosotros es ponerles música. Un médico es un músico. Puede ser un músico callejero, decía don Antonio, o un músico como Mozart, daba igual, el caso es que los dos hacen lo mismo ante lo que no comprenden, ante lo que es astral y enorme, la naturaleza, el universo. Eso es lo que hay que encontrar en todo, en la vida y en la ciencia.

Río y Jotapé entendieron en ese momento lo que había querido decir el viejo profesor Damasceno Carbajo en sus clases de Neurología tantos años atrás. Era más bien un filósofo, y un poco lunático.

—Palo, tío, don Antonio no era tan farsante como dices, era un puto genio.

—Aunque acabó en la miseria.

—Como todos los genios.

Río dio varias zancadas por la habitación. Abrió la puerta. No venía ninguna enfermera. No había nadie. Consideró que ya era suficiente.

—Bueno, Palo, esto está acabado aquí, ¿eh? Reconozcámoslo antes de que se despierte la niña. El único farsante soy yo. Sí, sí, joder. No hay duda. Te confesaré que todo lo que sé de la enfermedad de tu hija lo leí en una puta revista divulgativa de mierda. Y lo leí en el váter, tío. Decir lo que dije quedaba muy bien en la jodida entrevista, pero no sé nada sobre cómo curar a Cocó. Olvídate. Vete a Los Ángeles, Palo, y sálvala allí donde sepan hacerlo. Dejemos ya de jugar a los médicos que no fuimos.

—Los tres somos farsantes: tú, yo y don Antonio.

—No, él sabía que los planetas se mueven por la música. A eso todavía no hemos llegado nosotros. Estamos muy lejos de la verdad.

Se despidieron con un abrazo y una palmada en la cara. Río llamó al hombre del aro en la nariz y le pidió que lo recogiera en el hospital sin levantar mucha polvareda. Le dio algunas explicaciones superficiales pero no le dijo con quién estaba. Le exigió silencio.

—Ven por mí a la habitación 305. No preguntes. Hazlo y punto.

Luego le rogó a Jotapé que le anotase su email en el brazo.

—Mi cuerpo es como mi agenda. Tú escríbelo. Te preguntaré de vez en cuando cómo va Cocó. Es preciosa, así dormida. No se parece a ti nada, menos mal.

Meses después, Cocó recibió el tratamiento adecuado en la clínica W. H. Howelt Foundation de Los Ángeles. Todos los gastos derivados fueron sufragados a través de una cuenta que había abierto Alejandro Río a nombre del tipo del aro en la nariz. En un email que le envió a Jotapé un año más tarde volvía a recordar al viejo Damasceno Carbajo. «Te contaré un secreto, Palo: don Antonio y yo nos besamos. Y me gustó. Con él empezó todo. Me fui de allí no solo porque me llamó Santana a su estudio, sino porque las cosas se me iban a complicar con don Antonio. Empezaba a quererlo. Ya ves, soy gay y muy pocos lo saben. Pronto se lo diré al mundo en una de esas revistas de mierda que os tragáis, todos los grandes lo están haciendo.»

Jotapé le contestó que había comprado casi todos sus discos para ponerse al día. Los escuchaba con Cocó y a los dos les gustaban. En cierta ocasión, durante la estancia en Los Ángeles, un médico joven quiso explicarle a Jotapé de manera sencilla en qué había consistido el tratamiento que le aplicaron a Cocó, y Jotapé no pudo parar de reír cuando el médico le dijo que la base de toda la investigación había partido de las enzimas del pollo. Cuando se lo contó a Río, este le escribió un SMS al móvil: «Don A D Carbajo para P Nobel!!!»

Pasaron dos años como si nada. Los emails decrecieron. Río dejó de contestar. Jotapé dejó de escribir.

Cocó se curó de aquella extrañísima enfermedad.

Pasaron otros dos años, y luego otros cinco más. Cocó se volvió una fan de Alejandro Río.

Una primavera, Río culminaba otra vez en Madrid la gira mundial de su nuevo disco. Tocaba en su ciudad, para

su público. No lo hacía desde que lo pillaron, nueve años atrás, saliendo de un hospital acompañado de un desconocido con un *piercing* en la nariz. Unos dijeron que había tenido una recaída en su adicción a las drogas; otros, que había ido a ese hospital a informarse porque estaba estudiando una nueva enfermedad.

Jotapé acudió a oír el concierto con su hija. Volvió a buscar entre los gorilas al hombre del aro en la nariz para que le franquease el acceso hasta Río, pero no dio con él, seguro que ya no llevaba ese *piercing* y hasta puede que tal vez ni siquiera trabajase ya para el cantante. Les impidieron el paso como a todos los demás fans. Río no pudo o no quiso recibirlos pese a que él insistía en que le dijeran que Palo y su hija estaban allí. Cocó, además, se decepcionó mucho porque Jotapé le había dicho repetidas veces que era muy, pero que muy amigo del famoso Alejandro Río.

Vieron el concierto desde lejos, no pudieron estar en las primeras filas, abarrotadas y sumidas en un ensordecedor griterío. Las canciones eran estridentes, todos los fans las coreaban, se las sabían de memoria. Cocó también.

En un momento dado, Río, sudoroso, con camiseta dorada, el pelo canoso recogido en una cinta rosa y unos pantalones de espuma muy ajustados, anunció que iba a cantar a continuación una canción nueva que no estaba en el disco. La había compuesto hacía un tiempo. Entonces añadió:

—Esta nueva canción se llama *La música de los planetas*. No tengo ni puta idea qué quiere decir, pero me salió del alma. Se la dedico a mi viejo amigo Palo y a su hija Cocó. ¡Palo, si estás por ahí, tápate los oídos!

La canción entusiasmó a Cocó porque hablaba de un ángel en un hospital en llamas y de una madre que resucitaba en sus sueños.